

MISA CELEBRADA CON LOS SACERDOTES REUNIDOS EN EL COBRE

Basílica N. S. de la Caridad del Cobre, julio del 2000

Queridos hermanos en el único sacerdocio de Cristo:

El Año Jubilar nos ha puesto a todos, como adoradores maravillados y agradecidos, ante el misterio trinitario. Quizá no es apropiado decir que estamos ante el misterio del Único Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, sino sumergidos en la corriente incesante de amor que fluye del Padre al Hijo y retorna del Hijo al Padre en el Espíritu. Porque la revelación de Dios no consistió en descender un velo para que pudiéramos al menos atisbar la riqueza insondable de la vida trinitaria, sino en enviarnos al Hijo para hacernos partícipes de esa misma vida. Es eso lo que celebramos en este Año Jubilar: que el Hijo vino a nosotros y asumió la condición humana en Jesús de Nazaret. No conmemoramos, pues, simplemente, los dos mil años del nacimiento de Jesús, sino celebramos los dos milenios de la encarnación del Hijo eterno de Dios Padre.

Los filósofos de la Antigua Grecia habían hecho un camino luminoso de ascenso hasta la plenitud del ser, el camino siempre válido de la razón (también lo es en nuestros días), y habían dado con la causa de las causas y el principio sin antecedentes que llamaron Dios. En la Alianza Antigua, con el pueblo elegido Dios se acercó al hombre y le habló por medio de sabios y profetas que anunciaban una comunicación más clara de Dios con los hombres y una acción más directa del Creador en la historia. Esto lo haría a través de un enviado que podía ser esperado como rey, como profeta, como aglutinador de voluntades en orden a instaurar la justicia y la felicidad para el pueblo.

Pero lo que los filósofos no pudieron entrever ni el pueblo judío aceptar era el camino descendente del mismo Dios hasta nosotros. En el hombre Jesús de Nazaret, Dios llega a nosotros no como caudillo, ni como sabio, árbitro u hombre revestido de poder, sino como Hijo.

Jesús se muestra siempre referido al Padre. Desde los 12 años, en el Templo de Jerusalén, se presenta ante los doctores de la ley ocupándose de las «cosas de su Padre». Más tarde, hecho ya un predicador itinerante, acosado por la gente que no le deja tiempo para descansar ni para comer, dirá que «su comida es hacer la voluntad del Padre». El mismo Jesús insiste en su unión íntima y total con el Padre: «el Padre y yo somos uno».

El evangelista San Juan expresa de modo admirable la causa esencial de la Encarnación del Verbo: «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo». La encarnación del Hijo no es una condición exigida por nuestra ignorancia o nuestros pecados. Dios no actúa por condicionamientos humanos. Es un don del amor de Dios a los hombres. Luego, Jesús es el Hijo entregado al mundo, a nosotros, por el Padre que nos ama, y será la entrega la que configurará su vida, una entrega que, en absoluta fidelidad a la voluntad del Padre, Jesús realizará también por amor.

Es esta opción de entrega la que lo hace ser como Él es. Jesús va a llevar una vida para los demás. Es ese su sacerdocio, su ofrenda, y no hay que esperar a la hora de la Cruz para que Él haga el don de sí. La Carta a los Hebreos nos lo presenta desde su entrada en el mundo diciendo: «Aquí estoy, para hacer tu voluntad». Esa disponibilidad se va desplegando a lo largo de su vida. Su género de vida será el de una pro-existencia, Jesús vive por y para los otros. Se entrega a las multitudes que lo siguen o al pobre leproso, al ciego o a la mujer enferma que le salen al paso. Jesús pide esa misma actitud a sus seguidores: «si alguien te pide que camines con él una milla, camina dos, a quien te pide la túnica dale también el manto».

La entrega debe ser el elemento formal de nuestra vida sacerdotal. La entrega es lo más opuesto a la exaltación del propio yo. En la misma naturaleza humana la entrega forma parte de la historia normal de toda persona: el hombre y la mujer se entregan uno al otro por amor, el padre y la madre deben entregarse a sus hijos. Pero hay un movimiento malo en nosotros, del orden del pecado, que

nos lleva a vivir para nosotros mismos. Jesús advierte a los suyos que ese camino conduce a la ruina: «quien guarda su vida para sí la pierde, quien la entrega la gana para siempre».

Por esto, Jesús tiene conciencia de que su vida entregada va a encontrar resistencia en medio del pueblo, porque Él la propone como único modelo válido de vida, para todos. Los fariseos y sacerdotes, que han circunscrito su vida a cumplir las normas establecidas, le salen al paso: «¿por qué curas en sábado?, ¿con qué poder le dio este la vista al ciego?, ¿por qué comen tus discípulos sin lavarse las manos?». Jesús siente que sus mismos discípulos no comprenden que seguirlo a Él es también asumir su estilo de vida para los demás. En camino hacia Jerusalén, camino en el cual Jesús iba constatando la resistencia abierta o callada de muchos, Pedro lo increpa y le dice a Jesús que cuanto Él ha dicho acerca de que: «será rechazado, escarnecido y humillado», no puede sucederle. Jesús se ve obligado a reprocharle: «tú piensas como los hombres y no según el querer de Dios». El don de sí mismo hay que llevarlo hasta el final, no hay cálculo en la entrega. Otros dos discípulos discuten sobre el puesto que tendrían ellos a la derecha e izquierda de Jesús cuando Él establezca su reino. Estaban pensando en sí mismos, no comprendían, buscaban el éxito o lo que les reportara alguna ventaja; pero no había en ellos disponibilidad para la entrega.

¿Y el pueblo? El pueblo como tal no responde casi nunca, ni entonces ni ahora cuando se le piden grandes esfuerzos y algo más que la satisfacción de sus propias necesidades. Ante lo que exige un poco más de sí, la gente se echa atrás o actúa gregoriamente.

Recordemos el discurso del Pan de vida. Después de haber repartido pan a la multitud, el Maestro dijo que Él debía ser comido, aceptado, que había que tragar su enseñanza sobre el amor, que su vida entregada que invitaba a compartir los bienes entre todos era un pan vivo bajado del cielo, mejor que el que Él había repartido a la multitud. Entonces, todos empiezan a irse. En esa ocasión, Jesús hizo al pueblo un reproche válido y de alcance universal: «ustedes me han seguido porque se han llenado de pan», es decir, por interés.

Pero ni las trabas o amenazas ni la apatía de sus mismos discípulos ni la incompreensión del pueblo hicieron a Jesús variar su actitud y su estilo. Él siguió su camino hacia la Ciudad Santa, donde debía consumir el don de sí mismo al Padre. Y así queda planteado su drama en Jerusalén; que Él vivirá como una triple entrega:

1. Uno de sus discípulos, por medio de la traición, lo entrega a los notables del pueblo.
2. Los notables del pueblo, aun siendo opositores unos de otros, se ponen de acuerdo y lo entregan a la muerte.
3. Pero, sobre todo, el Padre lo entrega en manos de los malvados, los interesados y los traidores.

¿Cómo responderá Jesús a esta misteriosa y triple entrega? Lo hará por medio de su propia entrega personal y libre. De las circunstancias aplastantes, de esa soledad tremenda donde el Padre parece abandonarlo en manos de sus enemigos, Jesús toma la ocasión para ser libre protagonista de su drama: «mi vida nadie me la quita, soy yo quien la doy». Su proyecto de vida fue completado hasta el final. Había entrado a nuestra historia entregado por el Padre que tanto había amado al mundo. Saldría del mundo entregándose al Padre por amor a nosotros: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Así culminaba la entrega ininterrumpida de su vida.

Y es esto lo que tenía deseos de celebrar Jesús cuando mandó a preparar una sala espaciosa para una Cena, que coincidía con la comida de Pascua de su pueblo judío. «Con ansias he deseado comer esta cena con ustedes». Sus ansias eran las de celebrar su entrega a nosotros, desde que tomó carne en el seno de María Virgen. Quería celebrar su vida entregada a los pobres, a los olvidados, a los enfermos del cuerpo o del espíritu; celebrar la entrega de su amor a sus discípulos: «ustedes son mis amigos», les dice esa misma noche; celebraba por anticipado su entrega en la Cruz que habría de ocurrir unas horas más tarde. Es toda su vida entregada la que Jesús celebra en esa

cena. En ella, fiel a su proyecto de darse, nos entregó Jesús su cuerpo y su sangre. Además, ordenó, a sus apóstoles que perpetuaran para siempre el memorial de su entrega. Ya Él podrá decir ante el Padre y ante el mundo: «todo está cumplido».

Sus discípulos debían seguir celebrando su vida entregada a los hombres. Nosotros, sacerdotes, lo cumplimos cada día en la celebración eucarística y decimos las mismas palabras que Él pronunció sobre el pan y sobre el vino: «Esto es mi cuerpo entregado por vosotros». «Esta es mi sangre derramada por vosotros y por todos». En la Eucaristía, en nuestra eucaristía, es toda la vida de Jesús entregada a nosotros la que celebramos, desde que, como niño, Dios Padre nos lo entregó en los brazos de María hasta que se entregó Él mismo al Padre en la Cruz.

En la entrega de Jesús se concreta el «por nosotros» del Credo, ese «por nosotros» que en el Nuevo Testamento explica la encarnación y muerte del Hijo como un acto de amor infinito, «hasta el extremo».

Casi todo el segundo milenio cristiano, el pensamiento sobre la encarnación y muerte del Hijo de Dios ha estado marcado por el razonamiento teológico de San Anselmo, lleno de intuiciones bíblicas y humanas armonizadas en una síntesis radical, pero imperfecta.

Según el Santo Obispo de Canterbury, la obra de Cristo se produce por motivos necesarios, tuvo que llevarse a cabo tal y como se realizó. Este es su argumento: El pecado del hombre se dirige contra Dios. La magnitud de la ofensa se mide por la grandeza del ofendido, es distinto si se ofende a un mendigo que si se ofende al rey. Ahora bien, como Dios es infinito, la ofensa que el hombre le ha causado por el pecado es también infinita y debe repararla, pues Dios es la justicia misma. Pero como la ofensa es infinita, la reparación debe ser infinita. Pero el hombre, que sí puede ofender infinitamente, no puede reparar infinitamente. Hay ahí un abismo insuperable. Dios entonces decide reparar la culpa, tomando la naturaleza humana en la persona del Hijo, haciendo así que el infinito sea capaz de ofrecer lo finito del hombre.

Gabriel Marcel objetará a esto que Dios en Cristo no «tiene» una humanidad que ofrecer, Dios es hombre en Jesús de Nazaret. Dice el Cardenal Ratzinger que esta teoría no puede sustraerse a la parcialidad ni en su forma clásica, aún menos cuando pasó a ser patrimonio de la conciencia popular. Entonces parece un mecanismo grosero (Confer. Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, Sígueme, Salamanca 1976).

Esa teoría está en la raíz de una consideración del sacrificio de Cristo en la Cruz como el del redentor golpeado por el Padre, que carga sobre el Hijo todas nuestras miserias y pecados y ¡cuánto se popularizó esta espiritualidad!

La piedad eucarística sufrió los rigores de este pensamiento. Se decía: Como la Misa es el Sacrificio de Cristo, por tanto, algo debe ser destruido, algo debe ser místicamente y dolorosamente transformado durante la celebración. Para unos será el pan partido; para otros, la separación del cuerpo y de la sangre de Cristo en dos momentos diferentes de la consagración, para otros; el empequeñecimiento de Cristo en las especies sacramentales. Si así fuera, el nombre que habría prevalecido entre los primeros cristianos para nombrar la fracción del pan no sería el de Eucaristía, sino el de holocausto. Pensando de este modo sentiríamos que la muerte de Jesús nos acusa y que el Sacrificio eucarístico repite cada día esta acusación. Los sentimientos que podrían primar en la celebración eucarística serían los de compunción.

Pero la vida de Jesús no fue una vida acusadora. Jesús no vivió contra nadie: «yo no vine a condenar, sino a salvar»; su muerte, que culmina la trayectoria de su vida, tampoco fue contra nadie. Los mártires de las grandes causas políticas acusan con su sangre a quienes lo llevan a la muerte. Pero, ante la Cruz de Jesús, todos nos sentimos responsables y todos nos sentimos salvados. Pilato, Herodes, Pedro, Nicodemo, el Centurión romano, somos por turno cada uno de nosotros. La Cruz nos descubre nuestra realidad personal y nos capacita para oír el «perdónalos, Padre» que es también

para cada uno de nosotros y que nace del amor indefectible que el Padre nos manifestó hasta el extremo en su Hijo.

«El culto cristiano –nuestra Eucaristía– consiste en lo absoluto del amor que solo podía ofrecer aquel en quien el amor de Dios se ha hecho amor humano. Consiste en una nueva forma, innata al amor, que se hace presente, sufriendo por nosotros para que nosotros nos dejemos tomar por él.» Ese es el verdadero Sacrificio Eucarístico. Así sí puede introducirnos nuestra Eucaristía en la corriente del amor trinitario que Cristo retorna al Padre abrazándonos a todos. Es así como la Eucaristía nos hace con Cristo partícipes de la Resurrección.

Al finalizar nuestra ordenación presbiteral, el Obispo nos dice unas palabras que calan hondo en nuestros corazones sacerdotales recién estrenados: «imita lo que tratas». Nuestro trato diario con el misterio eucarístico va más allá de la realización correcta de los gestos litúrgicos y la dicción clara de las palabras rituales. Esto debe hacerse bien, pero lo imitable de la eucaristía es la ofrenda que hace Jesús de su vida al Padre por amor a los hombres. En nuestras manos está cada día toda la vida-ofrenda de Jesús consumada en la Cruz y triunfante de la muerte en la resurrección. Es una ofrenda hecha por el Hijo en el amor y aceptada en el amor por el Padre.

Imitar a quien tratamos es hacernos como Él, es aprender a ser invariables en la ofrenda de nosotros mismos, en convertir nuestra vida en una pro-existencia como la suya, es apartar lisonjas y críticas en nuestro camino de servicio y amor a los hombres, meta de gloria fijada por el mismo Cristo y hacia la cual debemos movernos pasando por la cruz, es celebrar todos los días con Cristo ese esfuerzo de entrega habitual, con corazón humilde por nuestras miserias y pecados, en acción de gracias por su amor y su perdón.

Así celebramos su ofrenda y mi ofrenda, su Eucaristía de siempre y mi Eucaristía de cada día. Como Él, debemos tener ansias de celebrarla siempre. En la mesa de esa cena se comprende lo imposible, se perdonan las ofensas, se restablece el amor, se hace la Iglesia.

Le pido con mucha frecuencia a la Virgen Santísima, y hoy más aún en este lugar de gracia, que no nos abrume la grandeza del misterio y que el hábito de su celebración no lo banalice en quienes somos servidores del misterio, sino que lo engrandezca siempre ante la mirada de nuestra fe.

No debemos olvidar en esta Eucaristía a los sacerdotes cubanos y de otros países que sirven a la Iglesia en Cuba, sobrecargados de trabajo y de preocupaciones, limitados en su acción por dificultades materiales y de otro orden, rodeados de pobreza que no pueden remediar, solicitados por un apostolado que los desborda y reclama de ellos tiempo y energía. No olvidemos tampoco a los sacerdotes enfermos, los ancianos, los seminaristas que aprenden el camino difícil y gozoso de la ofrenda de la vida al Señor. Oremos también por las vocaciones al sacerdocio.

Todo esto debe estar cada día, como lo está ahora, en la ofrenda que con Cristo presentamos al Padre. Que no falte en ella nunca la entrega total de nuestras vidas. Que María de la Caridad haga más agradable ante el Señor nuestros dones.